

EL COLLAR DE ESTRELLAS

LAS SOBREMESAS

Sub-rosæ y sub-spina

Los antiguos, después de sus festines, gustaban de permanecer largo tiempo, en torno de la mesa, platicando sobre temas sutiles y elevados. Estas sobremesas se llamaban pláticas ó conversaciones *sub-rosæ*, esto es, debajo de las rosas, porque los personajes se habían coronado con ellas las sienas, dando á entender por esta manera alegórica que el discurso fuese apacible, manso el tono y las palabras perfumadas. Es cosa sabida que las digestiones copiosas y difíciles ofuscan ó agrian el discurso ó embotan el ingenio. Por eso los antiguos, antes de iniciar aquellas pláticas *sub-rosæ*, exoneraban el estómago con expedientes provocados.

Nuevas ideas ó doctrinas que buscan propagarse no luchan con ideas y doctrinas rancias que hayan hecho baluarte en las cabezas, sino contra la plenitud de los estómagos. La cabeza es vulnerable, es susceptible de rendirse á razones. El estómago es invulnerable y no entiende de razones. Los enemigos de todo ideal son aquellos que San Pablo denominaba vientres perezosos. En un estudio estadístico de las diferentes dietas nacionales, con su índice digestivo, hallamos que el garbanzo es el de digestión más prolija y onerosa. De aquí podemos deducir una ley, que recomendamos á los propagandistas políticos y en general á todo linaje de propagandistas: «no hagáis propaganda después de comer, porque perderéis el tiempo ante una muralla ciclópea de vientres perezosos, y por lo tanto escépticos, y por lo tanto materia absolutamente contumaz.» La razón de lo menguado de nuestro arte escénico, y la responsabilidad de que lo excelente que tenemos, ó sea las obras—sin excepción—de D. Benito Pérez Galdós, apenas si se representan, no corresponde tanto al discernimiento del empresario cuanto al abdomen del espectador. La sobremesa del garbanzo, sea en el café, sea en el teatro, suele ser funesta.

Don Jacinto Benavente ha dado á sus artículos de *El Imparcial* el título genérico de *Sobremesas*, malicioso eufemismo que podríamos traducir en estos términos: «no hay que calentarse los cascotes. La cuestión es pasar el rato»; en suma, una claudicación con los vientres perezosos. Después de una larga interrupción, las *Sobremesas* volvieron á aparecer hace cosa de cinco semanas. No recordamos si las *Sobremesas* de la primera época eran pláticas *sub-rosæ*. Estas de la segunda época son pláticas *sub-spina*. El Sr. Benavente tiene fama de escritor agudo. También es aguda la espina. Pero esta agudeza que hierde no es la propia del ingenio, sino la agudeza que penetra para mejor comprender. No recordamos de ninguna agudeza del Sr. Benavente que no fuese una alusión al sexo ó un menosprecio á la persona.

En todas las *Sobremesas* que van publicadas esta segunda época, el Sr. Benavente no puede disimular una obsesión de que adolece, y es la de hacer víctimas de su agudeza á los redactores de ESPAÑA. Yo declaro que, en mi sentir, D. Jacinto Benavente no pensó en incluirme—quizás por razón de mi propia insignificancia—en las alusiones maliciosas y vituperios soslayados con que pretende afligir á otros queridos compañeros que trabajan en esta revista. Por esta razón puedo permitirme decir á D. Jacinto Benavente que ha cometido una injusticia que debe reparar. Sentimientos de delicadeza, á los cuales presumo que el Sr. Benavente no es nada refractario, me impiden argüir sobre esta afirmación. Al claro talento del señor Benavente no se le puede ocultar que su juicio intelectual sobre ESPAÑA, si fué sincero, no fué acertado. Y en cuanto al juicio moral... Según el Sr. Benavente, los redactores de ESPAÑA son unos envidiosos.

LA ENVIDIA

Una larga y atenta observación de los hombres me ha convencido de que el único resquicio por donde podemos deslizarnos hasta el fondo oscuro del corazón humano es á través de los juicios morales que uno hace sobre la génesis de la conducta del prójimo. Nadie, aun cuando con ahinco se lo proponga, puede declarar por entero su sentir ni hacer confesión sincera de sí mismo, porque hay siempre una zona profunda y tenebrosa del alma que el propio interesado desconoce; es la zona en donde se engendran las acciones, la zona de los motivos, de los estímulos. Esta zona se ilumina de conciencia y adquiere expresión cuando nos aplicamos á interpretar el origen de los actos ajenos, pues no teniendo otro criterio de juicio que el que dentro de nosotros mismos hallamos,

por fuerza hemos de explicar la naturaleza de las acciones del prójimo conforme á la naturaleza de nuestras acciones. Y así, cuando un hombre aventura un juicio último sobre la conducta ajena, está haciendo, sin saberlo, la más sincera confesión pública. Si los envidiosos no hubieran atribuído nunca los actos ajenos al estímulo de la envidia, como por necesidad y á pesar suyo lo hacen, es seguro que los no envidiosos, aun viviendo rodeados de envidiosos, jamás hubieran podido imaginar ó adivinar que existiese ese estímulo de la conducta que llaman envidia. Esto no quiere decir que el Sr. Benavente sea envidioso. Yo creo que al motejar de envidiosos á algunos redactores de ESPAÑA lo hizo sin pararse á aquilatar el calificativo; fué un juicio á la ligera, de sobremesa.

Lo sustancial es que en estas últimas *Sobremesas* trascienden palmaria mente las dos notas características del criterio conservador; son, á saber: claudicación con los vientres perezosos, y malignidad, entendiendo la malignidad en un doble sentido: de interpretación



JACINTO BENAVENTE
(Caricatura de Bagería.)

de la conducta por los móviles más bajos y de mezón de zaherir y fustigar. A tiempo que el señor Benavente trazaba estas *Sobremesas*, urdía una obra dramática, *El collar de estrellas*; naturalmente, una obra de fondo conservador. Y es lo peregrino que en tanto el Sr. Benavente gozaba la fruición de hostigar á sus semejantes, en su obra dramática predicaba el amor al prójimo.

LA PREDICACION

Hemos estampado la palabra predicar. La última obra del Sr. Benavente tiene un carácter de misión apostólica. El escenario se toma en guisa de púlpito desde donde el autor aspira á salvar las almas, adscribiéndose una especie de sacerdocio laico.

Tres pueblos solamente han producido un teatro nacional: el griego, el español y el inglés. Estos tres teatros, como obra del pueblo y posteriores á la unidad moral del pueblo, no era verosímil que derivasen hacia la predicación de normas morales en las cuales todos los espectadores participaban. Su matiz docente y religioso es meramente pasivo, de alusiones y reflejos. De entonces viene definir el teatro como espejo de las costumbres. El teatro alemán, si bien en su aspecto formal y estético no es sino un sucedáneo de aquellos tres teatros, señaladamente del inglés y del español, en su aspecto docente y social trastrocó los términos de la dramaturgia tradicional. Antes, el teatro era obra del pueblo. A partir de Schiller, el pueblo debía ser obra del teatro. «Los alemanes hablan del teatro como un nuevo órgano con que refinar el corazón y el alma de los hombres; algo así como un púlpito laico, digno aliado del púlpito sagrado y quizás más á propósito para exaltar algunos de nuestros más nobles sentimientos, porque sus asuntos son mucho más diversos y porque nos mueve por varios caminos, dirigiéndose á los ojos con sus pompas y decoraciones, al oído con sus armonías, al corazón y á la ima-

ginación con sus bellezas poéticas y sus actos heroicos.» (Carlyle: *The life of Schiller*.) De Schiller acá no ha habido gran autor dramático que no haya sido alguna vez inducido hacia este modo del teatro apostólico, por decirlo así.

La predicación desde el escenario está bien. Es más, se necesita de ella. Pero, ante todo, no se confunda la elocuencia con la retórica.

Quintiliano dijo: *Pectus est quod facit disertus*; el corazón es el que hace la elocuencia.

Predicadores fueron San Bernardo y Fray Gerundio de Campazas. San Bernardo movía y se hacía entender aun de aquellos que no hablaban su lengua. Fray Gerundio ni aun de aquellos que hablaban su misma lengua era entendido, lo cual no estorba á que no pocas veces fuera muy celebrado, precisamente por eso. Y es que la elocuencia es un darse por entero, no tanto en palabras cuanto en la intención del acto, y no hay que salvar á los demás si antes no se ha salvado uno á sí propio. Elocuencia y vanidad son estados que no se avienen. Vanidad significa lo hueco. Elocuencia significa lo pletórico.

DON PABLO

Es éste el personaje central de *El collar de estrellas*. Don Pablo pasa por elocuente; hasta sospechamos que gusta de ser tenido en opinión de elocuente. Pero D. Pablo es un vano. D. Pablo pasa por humilde; pero D. Pablo es un vano. La humildad afectada es la más vana de las vanidades. Y D. Pablo el humilde, así que la realidad no se amolda escrupulosamente á su voluntad, vuelve la espalda con desdén y se esconde en su olimpo ó buhardilla. Don Pablo predica el amor á todos los hombres y á todas las cosas por igual é invoca en sus peroraciones á San Francisco de Asís; pero este amor suyo es más bien un amor intelectual, á manera de *status vocis*, que no le ha impedido vivir aislado de los dolores humanos ni le ha arrastrado á compadecerlos ó compartirlos. Y cuando al cabo, á la vuelta de los años, D. Pablo se digna descender al comercio de los hombres (con ciertas limitaciones), le vemos mezclarse tan sólo en los asuntos de su propia familia, para gobernarla según su omnímodo y caprichoso imperio. Esta familia se compone de corderos, algunos descarriados; pero, en resumidas cuentas, todos son corderos. Don Pablo viene á predicarles el amor. Pero sucede que por la casa aparece con sospechosa asiduidad un visitante que tiene algo de hombre de presa, algo de lobo. San Francisco exclamaba: «Hermano cordero, hermana paloma»; pero también: «Hermano lobo, hermana víbora.» El corazón del santo era un ascua de amor. «Hermana oveja» de por sí no sería una expresión de santidad ni de amor, sino impertinente sandez. ¿Cómo se concibe que digamos: «oveja enemiga, paloma enemiga»? También aisladamente la invocación de «hermano lobo» carecería de espíritu. En la hermandad ha de ir abrazado lo uno con lo otro, como dando á entender que en la oveja y en el lobo no yace la voluntad de ser como son, que no somos quién para repudiar lo que diputamos por malo, ya que el mal, como todo, tiene una raíz divina cuyos fines últimos no podemos vislumbrar, y si sabemos no más que hasta el mismo mal, si tuviéramos la abnegación de amarlo, se transfigura en bien. Y ¿qué hace el amcroso don Pablo con este hombre de presa, trasunto del lobo? Lo arroja á puntapiés de la casa después de haberle rociado de insolencias. Yo no me meteré á negar que no se deba hacer esto con los lobos. Lo que yo digo es que si D. Pablo no fuese un charlatán, y conforme á lo que él predica, el lobo merecía más amor que los borregos, cuando menos necesitaba más de amor. Don Pablo es como una hermana de la Caridad que asistiese de buen grado á un enfermo que está en cama porque se dislocó una pierna y se negase á asistir en un caso de tífus ó de lepra; ó como un médico que alardease de haber sajado un divieso, y siendo llamado para curar un cáncer insultase al canceroso.

El amor no se manifiesta en palabras, sino en actos de amor. El amor es una verdadera fraternidad universal, sentimiento de la comunidad de origen.

AQUELLA FAMILIA DE DON PABLO

Se dice que aquella familia de D. Pablo representa á España. Confieso que hasta que me lo dijeron no había caído en la cuenta. Aun después de habérmelo dicho, no acierto á atar cabos ni á puntualizar qué tipo representativo incorpora cada uno de los miembros. Yo creo más bien, porque lo considero más artístico, que el señor Benavente no buscó el esquema ideal de España, sino que procuró trasladar á la escena el eco vivo de una familia española, que es la mejor manera de tratar simbólicamente un gran segmento de la vida española y del problema español, porque cuando una cosa se nos da con realidad acusada enérgicamente, adquiere un valor de símbolo para todas las cosas de la